

¿Cómo será mi entrada?

2 Pedro 1:1-15

Timothy Eric Bermejo

A medida que transitamos por la vida, encontramos cada vez más desafíos y distracciones que pueden desviarnos del rumbo de nuestro caminar cristiano. El apóstol Pedro, que ha recorrido este camino delante de nosotros, quiere exhortarnos una y otra vez a avanzar en nuestro crecimiento cristiano, recordándonos que tenemos recursos a nuestra disposición para vivir una vida piadosa, eficaz y fructífera en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Habrás notado en la lectura de hace unos minutos (2 Pedro 1:12-15) que el apóstol Pedro insiste en recordarnos algunas lecciones básicas para volver a poner en orden nuestra vida: ¿te has fijado en las palabras “recordar”, y “refrescar la memoria”? “Sé que sabes estas cosas”, dice Pedro, “pero también sé que necesitas que te las recuerden”. ¡Oh, qué cierto es también en nuestro caso! Entonces Pedro apela nuevamente a nuestra memoria en el capítulo 3, versículos 1 y 2.

Está claro, por tanto, que lo que Pedro nos está transmitiendo es de tal importancia que está dispuesto a recordárnoslo tantas veces como sea necesario. Nosotros, en cambio, tenemos la tarea de hacer todo lo posible por retener en nuestra memoria las instrucciones de Pedro para que puedan tener un impacto contundente en la forma en que vivimos nuestra vida. Pedro nos exhorta a progresar en nuestro crecimiento espiritual y nos recuerda que tenemos todo lo necesario para hacerlo (2 Pedro 1:3 y 4) y nos insta a ser diligentes en el desarrollo de las cualidades que nos impedirán vivir una vida “inútil” o “improductiva” en cuanto al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo (2 Pedro 1:5 y 8).

Por lo tanto, mi objetivo esta mañana es hacernos recordar tres lecciones básicas que Pedro ha dejado para ayudarnos a mantener nuestro caminar cristiano en el rumbo correcto: **1.** Este mundo es temporal. **2.** Hay un mundo eterno ahí fuera. **3.** Un día entraremos en ese mundo en toda su dimensión. Estas afirmaciones parecen bastante obvias para nosotros, los cristianos, pero son de suma importancia si queremos comprender la relevancia fundamental en nuestras vidas de la pregunta que nos ocupa esta mañana, es decir, "**¿cómo será mi entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo?**"

Así pues, como ya mencioné, no debemos tomar a la ligera los constantes recordatorios de Pedro sobre la gran importancia de aprender diligentemente las lecciones que nos transmite en esta epístola. Nos insta a ser diligentes y hacer todo lo posible por desarrollar aquellas

características que nos hacen llegar a ser **“participantes de la naturaleza divina”**. ¿Por qué tiene tanto interés en recordárnoslo? Pues **porque sabe lo que está en juego**, que es esto: **la calidad de nuestra entrada** al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo **depende** de nuestro progreso espiritual (2 Pedro 1:11).

Ten en cuenta la locución **“de esta manera”**, ya que implica que hay una serie de condiciones que determinan el tipo de entrada que tendremos al reino eterno de nuestro Señor. Nuestra entrada puede ser una entrada abundante y generosa (para usar una de las versiones en español) o, si no se cumplen las condiciones a las que alude la expresión “de esta manera”, nuestra entrada al reino de nuestro Señor no será tan abundante, generosa y plena, como podría haber sido... Es una idea bastante aleccionadora, ¿no?

Pero de una cosa estemos absolutamente seguros: en cualquier caso habrá una entrada, ya sea “abundante y generosa” o lo contrario (no a la altura de lo que el Señor esperaba de nosotros). Recordemos que Pedro se dirige a los creyentes (1:1), por lo que la entrada al reino de Dios es por la fe y no por las obras. Pablo nos lo recuerda en su epístola a los Efesios 2:8-9, pero también nos dice muy claramente que podemos vivir una vida cristiana que nos causará pérdida: 1 Corintios 3:15.

Entonces debemos preguntarnos: ¿qué es esta entrada “abundante y generosa” al reino? Bueno, creo que lo que Pedro nos está diciendo es que la meta futura de Dios para vosotros y para mí es participar plena y activamente en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (1:11). Verás, Pedro centra sus pensamientos no en el **hecho de mi entrada** en el reino, sino en el **grado de mi participación** en él, en la riqueza de mi entrada. Una vez, el Señor contó una parábola sobre el reino de Dios en relación con 10 Siervos (léelo en Lucas 19:11-27), a quienes se les había confiado una cierta cantidad de dinero y se esperaba que negociaran con él hasta que su amo regresara. Fijaos en la respuesta del maestro a cada uno cuando vinieron a rendir cuentas: “¡Bien hecho, mi buen siervo! Porque has sido digno de confianza en un asunto muy pequeño, **hazte cargo de** diez, cinco, etc. ciudades”. Pero llegó un siervo y no tenía nada que mostrarle a su amo. Una de las lecciones de esta parábola es que en el reino de nuestro Señor el alcance de mi participación depende de lo que haya hecho en esta vida con lo que el Señor me ha confiado.

Teniendo esto en cuenta, por lo tanto, el apóstol Pedro nos recuerda que esta vida es un corto período de preparación para la vida que nos espera con Cristo en su reino y, por tanto, que debemos **desarrollar diligentemente nuestra vida cristiana** (1:5-8).

Por eso, para animarnos y estimularnos a ser diligentes en el desarrollo de nuestro crecimiento cristiano, el apóstol Pedro nos recuerda algunas verdades que debemos tener en cuenta en nuestro caminar diario.

1. El mundo en que vivimos y todo lo que hay en él es temporal

Pedro, en 2 Pedro 3:10-18, nos advierte que los cuerpos celestes y la tierra serán quemados y disueltos.

Pocas cosas captan más nuestra atención y despiertan nuestra diligencia que la temporalidad de las cosas, ¿verdad? Cuando tenemos responsabilidades y plazos que atender somos muy

conscientes de que debemos aprovechar el tiempo de que disponemos: siendo diligentes, dejando de lado lo que estorba, descartando lo secundario, las cosas y actividades que no contribuyen a la consecución de nuestro objetivo.

Así pues, Pedro nos advierte que sabiendo que todo se disolverá y nada en este mundo se puede salvar, no debemos caer en el error de los impíos (2 Pedro 3:17). En otras palabras, no hagamos de las cosas de este mundo la principal inversión de nuestras vidas. El Señor, durante su ministerio en este mundo, nos advierte: ***“No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, que la polilla y el óxido destruyen, y donde los ladrones entran a robar. Más bien, acumulad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el óxido carcomen, ni los ladrones entran a robar. Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón”*** (Mateo 6:19-21).

Entonces, debemos recordarnos constantemente que si centramos nuestra vida principalmente en alcanzar todo el potencial que esta vida nos ofrece, nos enfrentaremos a un doble problema, porque, **a)** todo será quemado (2 Pedro 3:10), y **b)** no tendremos una entrada abundante y generosa al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, simplemente porque no estaremos preparados o cualificados para participar activa y plenamente en la vasta administración de Su reino (como veremos en un momento).

Que el Señor nos ayude a mantener esta lección en nuestra mente y corazón y nos ayude a crecer en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Dará frutos que durarán para siempre.

2. Hay otro mundo que, a diferencia de este, es eterno

Ya lo hemos leído en el versículo 11 del primer capítulo de la segunda epístola de Pedro: ***“De esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.”***

Este otro mundo es sobrenatural, pertenece a otra dimensión, a otro orden de cosas. Por supuesto, ha habido destellos de ello a lo largo de la historia de la humanidad, pero la revelación suprema de ese otro mundo fue hecha por Aquel que durante tres años lo acercó a todos aquellos que se encontraron con él. Estamos hablando, por supuesto, de Jesús de Nazaret, que dijo de sí mismo: ***“Nadie ha subido jamás al cielo sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre”*** (Juan 3:13).

Pedro fue uno de los que vislumbró el cielo. Fue testigo directo de la extraordinaria vida del Señor y de sus acciones (que estaban en absoluta armonía con sus enseñanzas). Fue testigo directo de la absoluta singularidad de la muerte de Jesús, de su resurrección, y del cumplimiento de la promesa del Espíritu Santo. Pedro también fue testigo directo de sus milagros, prueba de que Jesús venía de ese otro mundo, pero Pedro en esta epístola se centra en una **experiencia íntima y singular** a la que se refiere en el capítulo 1, versículos 16-18: ¡Había sido testigo de la majestad del Señor!

Pedro se refiere a la ocasión en que el Señor los lleva a él, Santiago y Juan a un monte alto y cumple lo que les había dicho en otra ocasión: ***“Además, os aseguro que algunos de los aquí presentes no sufrirán la muerte sin antes haber visto el reino de Dios”*** (Lucas 9:27). Y Mateo describe la experiencia de Pedro en la montaña: ***“Allí se transfiguró en presencia de ellos; su***

rostro resplandeció como el sol, y su ropa se volvió blanca como la luz. En esto, se les aparecieron Moisés y Elías conversando con Jesús” (Mateo 17:2-3).

¡La experiencia de Pedro nos enseña que este otro mundo eterno también está cerca de nosotros! Se puede experimentar aquí y ahora, porque el cielo –si se me permite usar esta expresión– es principalmente una relación íntima con el Señor mismo, desarrollando nuestro conocimiento experiencial de él y participando en la naturaleza divina. En su segunda epístola, Pedro (1:3-4 y 3:8) deja claro que la vida en su sentido más pleno se alcanza a través de un íntimo *“conocimiento de nuestro Señor Jesucristo”*, de modo que lleguemos a *“tener parte en la naturaleza divina.”*

Entonces, tenemos dos opciones: **a)** podemos vivir solo para este mundo visible y atractivo, que por su temporalidad conduce a pérdidas futuras; o **b)** vivimos para el *“reino eterno de nuestro Señor Jesucristo”, “creciendo en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo”*.

Que el Señor nos ayude a elegir esta segunda opción, porque si nos negamos diligentemente a nosotros mismos, tomamos nuestra cruz diariamente y seguimos a nuestro Señor, se nos concederá una “amplia y generosa” entrada a Su reino.

3. El plan de Dios para nosotros es participar en el gobierno de su reino

El mundo sobrenatural del que venimos hablando y al cual nos dirigimos no solo es eterno: es un reino que pertenece a nuestro Señor y Salvador Jesucristo (1:11). El salmista nos recuerda este hecho: *“El Señor ha establecido su trono en el cielo; su reinado domina sobre todos”* (Salmo 103:19).

El reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es un reino que **abarca todo el universo**, desde lo visible hasta lo invisible, desde lo físico hasta lo espiritual, lo conocido y lo desconocido, todo lo creado por Dios, y como todo reino, debe ser gobernado, administrado y sus inmensos recursos desarrollados. El cielo, por tanto, no es un lugar pasivo, es más bien un reino donde quienes lo gobiernan tienen la adecuada capacidad y preparación para administrarlo. Ese fue el propósito original de Dios al crear a los seres humanos (Génesis 1:26, 28 y 2:19). Habiéndolos creado a Su propia imagen y semejanza, debían tener dominio, gobernar la tierra y administrarla mientras ejercitaban las capacidades que Dios les había dado.

Dios nos creó con una dimensión eterna –a su imagen y semejanza– por lo que este mundo es un mero trampolín, diseñado por Dios para ser un centro de formación que nos prepare para una dimensión de gobierno infinitamente mayor, para ocupar puestos de autoridad en el eterno reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (recuerda la Parábola de los 10 Siervos en Lucas 19).

Consideremos también lo que escribe Daniel –recordemos que ocupó puestos de gran autoridad en los imperios babilónico y medopersa: *“Entonces se dará a los santos, que son el pueblo del Altísimo, la majestad y el poder y la grandeza de los reinos. Su reino será un reino eterno, y lo adorarán y obedecerán todos los gobernantes de la tierra”* (Daniel 7:27). Los siguientes versículos también nos dicen que nuestra participación en el reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es nada menos que **reinar: si resistimos, también reinaremos con él**” (2

Timoteo 2:12); **“De ellos hiciste un reino; los hiciste sacerdotes al servicio de nuestro Dios, y reinarán sobre la tierra”** (Apocalipsis 5:10). Los santos juzgarán al mundo y a los ángeles (1 Corintios 6:2-3).

Al reflexionar sobre estas cosas, está claro que surgen preguntas en nuestra mente: ¿Qué **sabemos** acerca de ese reino? ¿Cómo **funciona**? ¿Cuáles son las **reglas de comportamiento**? ¿Qué **metas y propósitos** tiene ese reino? **¿Seré apto para reinar?**

La respuesta se encuentra en los versículos 3 al 8 de este capítulo 1: la clave está en **el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo**. Verás, el reino es suyo, su carácter y su sabiduría lo impregnan todo. El reino gira alrededor de Él. Por eso Pedro en estos versículos nos insta a poner toda diligencia en trabajar en nuestra santificación, para que seamos partícipes de la naturaleza divina en toda su dimensión, **a través del conocimiento de nuestro Señor y Salvador**.

Ese es el requisito para que nuestra entrada al reino sea **“amplia y generosa”**: que **conozcamos al Rey**, y le hayamos servido y obedecido durante nuestra vida terrenal, llegando a ser **“participantes de la naturaleza divina”**. **En la medida en que hayamos desarrollado la mente de Cristo, seremos cualificados para reinar con Él**.

Que el Señor nos ayude a avanzar diariamente en nuestro conocimiento de Él. Vivamos diligentemente nuestras vidas a la luz de la palabra de Dios, eligiendo Su perspectiva divina sobre nuestra perspectiva humana, porque se espera que reinemos con Él.

Pedro termina su epístola pidiéndonos que reflexionemos sobre cómo vivimos nuestras vidas: **“Ya que todo será destruido de esa manera, ¿no deberíais vivir como Dios manda, siguiendo una conducta intachable?”** (2 Pedro 3:11).

Estamos invitados esta mañana a reflexionar sobre cómo vivimos nuestras vidas a la luz de la Palabra de Dios y a alabar a nuestro Dios y Padre, quien no solo nos ha introducido en el reino de su Hijo, sino que también desea que reinemos con Él en su reino eterno.

Oremos para que podamos ver al Señor más claramente, amarlo más entrañablemente y seguirlo más de cerca. Amén.